

vez en cuando, se encorvaban hacia adelante para sacudir las cenizas de sus cigarros en el fondo de las copas o tazas semi-vacías de café, entre pláticas sociológicas y literarias. Yo era una infiel intérprete de sus comentarios, aunque siempre tuve el convencimiento de que sus conceptos e ideas revelaban un interés apasionante; una vez dijo:

—La ingenuidad en el niño es una virtud incomparable, pero en el hombre... en el hombre, es una tragedia.

Y absorta en su voz calurosa y fascinante, veía ensombrecerse la frente por los músculos contraídos y los labios abortados de vehemencias imperiosas.

Cuando llegaba la hora de su retorno, me besaba la frente y me decía:

—Gisela, hasta mañana si Dios quiere —me desvivía por hacer amable su despedida, y corría hasta la puerta, donde me quedaba estática viéndole desaparecer por el caracol de la escalera.

Se dan veces en la vida que, en la conciencia del hombre, existen días patéticos excluidos del calendario oficial, donde se marca la ruta exacta de los números sobre la esfera del tiempo.

Aquel mañana lo espero todavía: fué uno de esos días indocumentados de fechas que alimenta el particular almanaque del destino.

Las siete y cinco de la tarde me despertaron una inquietud insinuante, convertida a los seis minutos posteriores en voraz impaciencia; dos minutos después el sonido del timbre me arrastró hacia la puerta, poseída de una loca y angustiosa esperanza. Quedé petrificada en el mismo cloroformo de mi decepción; el vendedor de periódicos —manejado por una nefasta coincidencia de depositar a partir del día aquél, el diario en mi domicilio—, era lo lógicamente ordinario para no comprender el excéntrico sentido de mi patológica reacción.

—¿Oscar no viene esta noche? —interrogué a mamá.

—No, parece que no; ya a estas horas... ¿Sabéis vosotros el motivo? —respondió dirigiéndose a abuela y a papá, sin percatarse de mi evidente estado de ánimo.

A las ocho y media ya no le esperaban en casa; su demora suponía en mí una amarga y exclusiva excepción —a algunos seres humanos nos sucede que, al contemplar derrocado un proyecto, no admitimos su consecuencia, nos revelamos ante la verdad que nos corta como una muralla y somos infieles a nosotros mismos, entregándonos a la sedante caricia de un convencionalismo consciente y humano, póstumo recurso de nuestra falsa esperanza—; el más leve ruido se me antojaba su inmediata personificación en la estancia, sometida a mis deseos alucinantes.

Al día siguiente tampoco acudió.

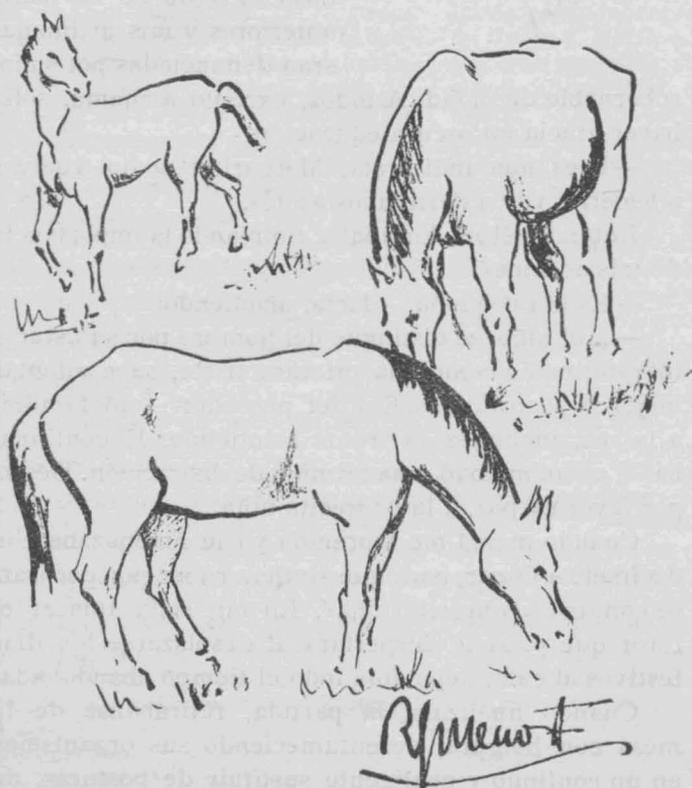
El tercer día fué papá el portador de la trágica noticia.

—Todo el mundo ignora la causa de su suicidio: apareció muerto al amanecer en el hotel donde se hospedaba, con una bala de pistola incrustada en las sienas.

Ni un papel maculado por los audaces perfiles de su pluma justiciera, justificando el pasaporte a un mundo donde los hombres mejores buscan la felicidad que la tierra les niega.

Ahora, a mis veinte años, investigo en las cosas de la vida para hallar el principio del fin, y poco a poco voy comprendiendo, facilitada mi labor por su experiencia aleccionadora, cuando sentada en sus rodillas desabrochaba los botones de su camisa y deshacía el nudo de su corbata. Aristócrata y errante, pienso en las propinas formidables recibidas por empleados de hoteles fastuosos y también en lo fácil que debió serle el amor de linajudas y hermosas mujeres. Si he de agradecer algo al destino, es que aún me quedan en los ojos lágrimas para continuar llorando su muerte.

JULIÁN LANCHAS JIMÉNEZ



## FEUDO DE DIOS

*Dios te hizo depositario de un mensaje distinto;  
vinculó tus palabras a una misión alegre,  
o te ordenó el quehacer de quebrar el tallo de las rosas.*

*Iluminó tu frente con llamaradas de relámpago  
y puso otros vocablos en tu boca de profeta  
para dotar al mundo de riquezas inútiles,  
bajo el signo del sueño.*

*Tu sangre aspira a verse entregada a los hombres,  
mover las aspas de las almas ajenas  
y alimentar un músculo invisible. Tus ojos  
ven al niño como un cristal de carne  
y a su través, las rosas diferentes.*

*Porque tú llevas algo como un escalofrío;  
una niebla de forma y de palabra  
que te sitúa siempre en el plano distinto.*

*Dios habla tu lenguaje y tú lo entiendes. Vives  
anclado en la bahía de una playa soñada,  
la sal amarga, a un lado  
y al otro la esperanza de encontrar algún día  
la palabra sin nombre y sin peso  
que abrirá en puro goce tu corazón de hierba,  
compensando el vacío que agujerona tu alma.*

RAFAEL PALMA